DE ZARAGOZA.

Una desconfianza, que ademas de tener mucho de cobarde, toca ya en insidiosa, y que los que la extienden los hace sospechosos ante el tribunal de la nacion por desleales ó traidores, ha andado susurrando en estos dias que la heroyca Zaragoza se habia ya entregado á nuestros enemigos. Sabian sin duda los que esparcian esta voz quantos son los esfuerzos que Bonaparte emplea para rendir el baluarte de la libertad española. No pudiendo este devorador de pueblos sufrir oposicion á sus mandatos, y temiendo el efecto que debe hacer en Europa el exemplo de una Ciudad que se atreve á despreciarlos, á despecho de quarenta mil hombres que á cañonazos se los intiman; ha relevado á Moncey, demasiado lento para su impaciencia, y dado al Mariscal Lannes la órden precisa de rendir al instante la plaza á toda costa, y añadir este sangriento trofeo á los que adornan su usurpado trono. El nuevo Aquiles no ha sido mas feliz que sus antecesores: precipitados los batallones franceses por la fácil brecha que quando quieren abren en la tapia que ciñe á Zaragoza, encuentran en las calles con los fieros Aragoneses, nunca mas seguros, ni mas animosos que quando tienen mas cerca á sus contrarios. Allí no vale ni la experiencia, ni la pericia, ni la astucia, ni la intriga: el esfuerzo y el arrojo

solos han de decidir la victoria, y el arrojo y el esfuerzo la declaran á favor de los Zaragozanos, que sacrificando en las calles millares de Franceses, hacen retirarse á los demas ignominiosamente á sus trincheras. Nuevo prodigio en la historia de la guerra, que desconcierta á esos guerreros feroces, creidos poco ha terror del mundo: el déspota impaciente se agita sobre su solio, y acumulando legiones sobre legiones, poniendo á la prueba á todos sus Mariscales, manda absolutamente que Zaragoza se rinda; ¡y Zaragoza está en pie!

¡Oh, como debe inflamar este grande exemplo á los Españoles, y quanta confianza darles en su valor! Ellos deben saber que á pesar de los rebeses que han sufrido, estan siendo la maravilla y la expectacion del universo. Nueve meses van ya desde que los cañonazos del dos de Mayo dieron en Madrid la señal de una guerra tan justa, como necesaria: solos en el continente, aislados, divididos, sin soldados, sin fortalezas, sin recursos, osaron declerarla á la Potencia mas poderosa de Europa, ensoberbecida con quince años de combates y de victorias. Ningun estado hasta ahora ha resistido por tanto tiempo al Favorito de Marte, que se alababa de acabar las guerras con una batalla sola. Muchas son ya las que se han dado en los campos españoles: con diverso éxito, es verdad, porque no en todas partes hemos tenido en igual grado la destreza y la fortuna, que el ánimo y la justicia; pero ninguna, por desgraciada que haya sido, ha podido amortiguar nuestro ardor, ni destruir nuestra esperanza. ¿Quan-

tos son los desertores españoles que los Franceses cuentan en sus exércitos? ¿Qual es la ciudad, que despues de una victoria les ha ido á rendir espontaneamente la obediencia? ¿Qual en fin el pueblo que, despues que le abandonan, se mantiene en comunicacion con ellos? Crece el odio con el peligro, y como el oro en el fuego, nuestra virtud y constancia se acrisolan y fortalecen en la desgracia.

Así miéntras que las ciudades se ven convertidas en talleres de guerra, miéntras los exércitos que se creian destruidos, renacen á la vida, y á la confianza, y cien esquadrones nuevos, formados á fuerza de infatigable actividad y sacrificios, acuden de todas partes á reforzarlos, Zaragoza se ostenta como un emporio de esfuerzo incontrastable, y llama hácia sí el interes y admiracion universal. No es esta Ciudad, no, de aquellas que se hacen entregar por un decreto. ¡Zaragoza entregarse! No lo esperen los traydores, ni lo digan los cobardes. Podrá ser tomada, sí, porque no es inconquistable; pero será sepultándose vencidos y vencedores debaxo de los escombros sangrientos de sus casas abrasadas, y de sus templos deshechos. ¡*Antes muertos que franceses*! este es el grito que resuena por aquel glorioso recinto: grito que no fué oido ni en Mántua, ni en Magdebourg, ni en Danzik, ni en las demas plazas decantadas, cuyos baluartes se rendian quando Napoleon lo mandaba: grito que aumentado con los golpes tremendos que los Aragoneses dan en sus contrarios, se dilata á lo léxos con admiracion y envidia por los ámbitos de Europa.

¡*Antes muertos que franceses*! Que se oigan estos ecos

en todos los términos de España con el mismo ardor, con igual vehemencia: que la leccion que nos da Zaragoza sea una leccion de victoria. Los sucesos nos lo dicen, y nos lo anuncian: ¿No hemos visto á los Franceses ceder en donde quiera que se les ha hecho frente con valor? ¿No hemos visto á estos bandidos, que trafican del terror que inspiran, creerse medio vencidos quando encuentran con pechos intrépidos que no los temen? ¡Gloria, pues, á la nueva Numancia, puesta por el Señor de los destinos en el piélago de la degradacion moderna, como un escollo en la mar, para burlar la ira turbulenta de los tiranos, y ser modelo de valentía y magnanimidad á los pueblos!

21 de febrero de 1809.